

SEMPRÚN, Jaime: *Defensa e ilustración de la neolengua*, trad. Emilio Ayllón. Madrid/Alicante: El Salmón, 2012, 144 págs.

En 1984 de George Orwell, la neolengua estaba al servicio del control estatal. Había sido producida para criminalizar el pensamiento libre. En cambio, la neolengua hoy realmente existente tiene otro sentido y otro lugar. Jaime Semprún (1947-2010), pensador destacado de la *Enciclopedia de las nocividades*, describe la especificidad de la neolengua contemporánea a partir de dos rasgos: la tecnificación del hombre y la ruptura con el pasado. El primero remite a la desobjetivación que genera una lengua reducida a cálculo y racionalización. En la novela de Orwell, el Partido ejercía desde fuera el dominio de las conciencias. Por contra, la neolengua de la técnica realiza un control integral desde el interior mismo de la sociedad.

La particularidad de la neolengua se manifiesta si la comparamos con la lengua del Tercer Reich, analizada por el filólogo Victor Klemperer. Éste llamó la atención sobre la tendencia de los nazis a introducir terminología técnica en la lengua cotidiana. Valga como ejemplo el uso nazi del término *Gleichschaltung* («sincronizar», «sintonizar»), que procede de la electromecánica. La neolengua actual ha ido mucho más lejos. En la lengua de los nazis, la tecnificación del lenguaje no se correspondía con la mecanización completa de la realidad y además se mezclaba con referencias biologicistas y míticas. En cambio, la mecanización completa del mundo define la neolengua contemporánea. Para Semprún, la neolengua en curso supone una deshumanización más radical que el alemán nazificado. La razón estriba en el modo de implantación de los clichés de la neolengua. Los nazis los imponían desde arriba y a través de los instrumentos de propaganda. Por contra, los clichés de la neolengua se difunden de manera presuntamente democrática, se generan y consolidan gracias a la colaboración de los propios ciudadanos.

La neolengua no realiza una comunicación entre personas, sino entre máquinas. Ahí reside su «naturaleza». La expansión de la neolengua se corresponde con la interrelación sistémica entre máquinas. Semprún sigue aquí a Günther Anders: la máquina se convierte en sujeto y el hombre, en un mero engranaje. Se trata de uno de los temas centrales del pensamiento de Semprún. Sus discrepancias con el grupo *Krisis* y el debate con Anselm Jappe remiten precisamente a la comprensión del lugar de la tecnología en la crítica a la sociedad capitalista.¹

La neolengua, sin embargo, no sería una simple derivación de las imposiciones de las nuevas tecnologías, sino que tendría sus raíces en los cimientos de la socie-

¹ Cfr. El debate epistolar entre Jappe y Semprún, «Correspondencia», en *Resquicios. Revista de crítica social* [Primer volumen, números 1, 2 y 3], Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2011, págs. 90-95.

dad moderna: la Ilustración, la Revolución Francesa y la democracia. Rousseau, en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, defiende la idea de progreso lingüístico. Las antiguas eran más primitivas, sentimentales y figurativas, mientras que las modernas habrían alcanzado un grado mayor de precisión y racionalidad. Condorcet busca una lengua en la que «el error sea prácticamente imposible». La Revolución Francesa instaura una homogeneización cultural y lingüística, por ejemplo, en la organización de las provincias y en el ordenamiento urbano. La democracia moderna trae nuevos hábitos lingüísticos, la proliferación del lenguaje abstracto y los términos genéricos. La abstracción democrática se refleja también en la pretensión de pura objetividad del lenguaje científico. El habla del pueblo se rebela contra la abstracción enfatizando lo material, lo orgánico y lo sórdido.

Es constante en el libro la atención a la conexión ideológica entre la lingüística de Saussure y el posterior estructuralismo francés. Ambos serían expresiones teóricas de la expansión gradual de la neolengua. Los lingüistas anteriores a Saussure, por ejemplo los románticos, no estudiaban la lengua por sí misma, sino como medio para fines teológicos o filosóficos. Con Saussure, la lengua se constituye en objeto abstracto de análisis. Según Semprún, «la lingüística ha forjado de arriba abajo la lengua de la cual supuestamente era la teoría». La lengua abstracta como sistema, en su afirmación de una estructura profunda, retoma el sueño de la lengua universal.

Como apuntamos al principio, el sentido de la neolengua tiene que ver también con el olvido y desprecio del pasado. La ideología del progreso significa la justificación del sacrificio humano. El hombre acepta los brutales sacrificios que impone la sociedad de las máquinas porque el progreso es un destino inexorable. Puede hablarse entonces de una devoción a la máquina. Su expresión: «todos los problemas creados por la civilización de la máquina serán solucionados por un estadio ulterior de su desarrollo». El carácter religioso de la relación con la máquina se expresa en el vínculo entre la neolengua y la Torre de Babel, a saber, la realización del mito antiguo de la lengua única. A partir de Semprún cabe distinguir entre «lengua adánica», «lengua universal moderna» y «neolengua». La lengua adánica, que remite al mito, unificaba a todos los hombres, pero se pierde tras la caída. La lengua universal, propia de los comienzos de la modernidad —como sucede en el proyecto de Leibniz— expresaba la esencia de las cosas, estaba al servicio del conocimiento completo del mundo. Su modelo era el álgebra. Para los románticos fue fácil criticarla, pues solo era una sombra incapaz de captar la realidad. En cambio,

la neolengua logra el proyecto moderno de la lengua universal y recupera la lengua adánica porque se corresponde con un mundo total y perfectamente tecnificado. Ahora sí: la neolengua expresa la naturaleza artificial de las cosas. Es la «lengua natural de un mundo completamente artificial», escribe Semprún. Una lengua incapaz de error. El proyecto de la neolengua coincide con el idealismo como programa de conocimiento: la reducción de la realidad a la unidad del pensamiento.

El modo en que se plantea la cuestión de la traducción en el ámbito de la neolengua retoma la idea mítica de la lengua única. Primero apareció el proyecto de una traducción automática. Hacía falta, para ello, todavía, una tercera lengua, con su diccionario digitalizado, que mediara entre los idiomas. Esto era imposible, porque respetaba o reconocía en cada lengua la existencia de diferentes formas de ver el mundo. Pero lo que parecía imposible puede convertirse en rutina gracias a la neolengua. El mundo del que hablan todos los idiomas habría sido sustituido por la megamáquina. La unidad del mundo volvería innecesaria la traducción. La uniformización industrial del planeta genera una estandarización lingüística total. Sus rasgos son «sintaxis elemental, gran frecuencia de frases hechas, términos abstractos que no remiten a ningún concepto preciso o, por el contrario, términos estrechamente definidos, específicos y unívocos» (94). La parte no unívoca se convierte en residual.

Semprún se pregunta entonces si hay verdaderas resistencias a la neolengua. ¿No sigue existiendo, fuera del ámbito propio de la tecnociencia, una lengua cotidiana que usaríamos de puertas para adentro? No, responde Semprún, y la razón es apabullante: incluso en aquellos ámbitos familiares donde supuestamente no gobiernan las formas de la neolengua, ya no somos nosotros quienes hablamos. Las catástrofes causadas por la sociedad industrial, ¿no ponen en solfa, no limitan el triunfo de la neolengua? No, porque la solución de las catástrofes se confía también a sus propios causantes: la tecno-ciencia. No nosotros, sino «ello», la «cosa», la sociedad de la máquina, habla por nosotros. Por eso —y evocando el «Die Sprache spricht» de Heidegger— cabe afirmar que la neolengua habla.

Pese a las apariencias, no hay que darlo todo por perdido. Las fuerzas de las paleolenguas no se han agotado por completo. La escritura de Semprún, su estrategia discursiva, plantea de hecho una resistencia viva a la neolengua. Ciertamente, el libro se presenta como una «defensa» de la lengua de las máquinas. La ironía y la sátira buscan escapar a la univocidad de un lenguaje deshumanizado. La multi-

plicación irónica del sentido es un modo —quizá desesperado— de sustraerse a la violencia y seguir hablando como un ser humano.

Daniel Barreto

danielbarreto2005@yahoo.es